

ACTO CUARTO

## CUADRO PRIMERO

Interior del tendal levantado por los castellanos en el Robledal de Corpes para que pernocten allí los dos Infantes de Carrión y las hijas del Cid.

Al levantarse el telón habrá unos mulos con cargas detenidos á la puerta de la tienda. Hombres de labor y viejos soldados descargan en la tienda, recién levantada, lo necesario para hacer noche en ella los Infantes.

PERO BERMÚDEZ

Ya han salido de Valencia  
y aun trabajamos por ellos.

MUÑO GUSTIOZ

Por las Infanticas lo hago;  
porque aún duerman su sueño  
en alcobas castellanas.

GIL BUSTOS

¿Hincásteis bien los maderos?

porque amenaza ser bravo,  
por el Robledal, el viento.

Examina la solidez de postes y cordales  
Con el pendón negro de Bucar en la mano.

Mandó el Cid ante la puerta  
izar este pendón negro,  
en memoria de la hazaña  
del Infante.

PERO BERMÚDEZ

Ayudando á izarlo.

¡Mal agüero  
tomar un solo estandarte  
y que tenga el color negro!

Queda el pendón izado. Arrancan los  
mulos y desaparecen por la izquierda.

GIL BUSTOS

¿Notásteis qué buena traza  
para combatir se dieron,  
que nadie les vió en el campo  
y victoriosos volvieron?

PERO BERMÚDEZ

Dicen que, al verlos, el Cid  
torció al otro lado el gesto;

ellos la color cambiaron  
y Téllez rompió el silencio.  
El mismo narró las gestas  
de los Infantes.

GIL BUSTOS

Y á tiempo,  
que ya iba el Cid, como el día  
del león, á reprenderlos.

LAIN

Desde entonces dí en pensar  
que nos dejaban.

MUÑO GUSTIOZ

Lo siento  
por perder á las Infantas,  
no por separarme de ellos.

PERO BERMÚDEZ

Mala cosecha sembraron  
por Valencia.

GIL BUSTOS

No tuvieron  
una sola mano amiga  
en cinco meses de asiento.

LAIN

Sólo se les vió con moros.

MUÑO GUSTIOZ

Y de noche.

PERO BERMÚDEZ

El Cid por ellos  
soportó más privaciones  
que en un verano de asedio;  
que, desde que los conoce,  
ha puesto arrugas de viejo.

MUÑO GUSTIOZ

Hoy lloré como de niño,  
sobre su caballo, al verlo  
despedir á las Infantas,  
que el dolor le hinchaba el cuello.  
Parecía, cabalgando  
con su gente, en el cortejo,  
que fuera rigiendo de ambas  
al camposanto el entierro.

GIL BUSTOS

Los Infantes no han querido  
que se entrara el bosque adentro;  
y se han hecho los abrazos  
al pie del roble primero.

MUÑO GUSTIOZ

Quedó el Cid contra su tronco;  
y parecía, de lejos,  
que iba el nieto, en su dolor,  
á ampararse del abuelo.

PERO BERMÚDEZ

Cuando oí que aun nos llamaban  
para fijar bosque adentro  
este tendal, me dió un salto  
el corazón en el pecho.  
No podía separarme  
de las Infantas.

GIL BUSTOS

Debemos  
llamarlas, por ver que vean,  
que ya el mandado está hecho,  
y si quieren más, lo hagamos;  
y si no quieren, volvernós;  
que ya la noche se avanza  
y de todo estamos lejos.

PERO BERMÚDEZ

¿Dónde quedaron?

GIL BUSTOS

La senda  
hasta la fuente siguieron,  
mientras iban los Infantes  
á despedirse del séquito  
en los linderos del bosque.

Con cierta malicia.

Que tan sólo quedan ellos  
á pasar aquí la noche.

LAIN

¿Solos?

GIL BUSTOS

El Cid, al saberlo,  
llevó la mano á las barbas,  
y comidió unos momentos;  
pero nada habló con nadie  
y se despidió el primero.

LAIN

¡Vuelvan pronto las Infantas;  
no nos esconda el sendero  
la obscuridad!

PERO BERMÚDEZ

Habrá luna.

Se acerca á la puerta para contemplar el  
cielo, y dice:

¡Aquí vienen!

DOÑA SOL

Entrando.

¿Ya habéis hecho  
lo mandado?

MUÑO GUSTIOZ

Ya está todo;  
y si mandáis más, lo haremos.

DOÑA ELVIRA

Dad la vuelta á vuestras casas.

MUÑO GUSTIOZ

No ha de ser sin que os besemos,  
antes de partir, las manos;  
que los más ya somos viejos  
y acaso es la última vez,  
Infantas, que os la besemos.

Van desfilando por delante de las infan-  
tas y besándoles las manos.

LAIN

¡Los últimos castellanos  
os saludan!

GIL BUSTOS

¡Quiera el cielo  
haceros tan venturosas  
como merecéis!

PERO BERMÚDEZ

Vais lejos;  
pero si os veis en peligro  
donde vayáis y no hay pechos  
para salvaros y á todos,  
nos mandáis un mensajero,  
como se pueda ir andando,  
¡andando os alcanzaremos!

DOÑA ELVIRA

¡Adiós! Los Infantes quieren  
que no os detengáis; volveos  
todos á vuestros hogares.

DOÑA SOL

¡Id con Dios!

VARIAS VOCES

Alejándose.

¡Guárdeos el cielo!

DOÑA SOL

¡Solás! ¡Más solás que nunca en la vida,  
llégate, hermana, que coja tu mano!

DOÑA ELVIRA

Ven que la fuerza te dé con la mano.

Se sientan una junto á otra sobre unos  
sacos donde hay mantas tendidas. Doña Sol  
habrá hundido su cabeza en el regazo de su  
hermana. Doña Elvira, tomando con sus  
manos la cabeza de Doña Sol y obligándola  
cariñosamente á que la mire.

Levanta, hermana, la frente caída,  
tú que la tienes tan blanca y tan pura;  
deja que toda su nieve, infántica,  
calme la fiebre que me mataría.

DOÑA SOL

¡También tú sufres?...

DOÑA ELVIRA

Yo creo que solo  
para sufrir he venido á la tierra.

DOÑA SOL

¡Y yo que solo en mis penas pensaba!

DOÑA ELVIRA

¡Yo que creí que sufrías por mí!

DOÑA SOL

¿Será Fernando?...

DOÑA ELVIRA

¡No digas su nombre!

¡Lluvia de fuego le abraza las tierras!

¡Sal esparcida le agoste los campos!

DOÑA SOL

Hermana, ¡dices las cosas horribles!

DOÑA ELVIRA

Como hablando consigo misma.

Tú aprenderás á burlar de la esposa,  
 porque su nombre no vale tu nombre,  
 porque su escudo no cubre tu escudo,  
 rica hembra solo, si tú eres Infante...  
 ¡Tú acabarás de burlar de la esposa!  
 Tú que has querido venal escogerme,  
 infante mozo, con alma de viejo,  
 por mis escudos y mis heredades;  
 yo haré que el oro, que así me codicias,  
 el vaso sea en que bebas la muerte.

¡Yo te veré con los ojos envueltos  
 en aquel velo que nadie ha rasgado!

Confidencialmente á Doña Sol; con amarga ironía.

¿Nada sabías, hermana infántica,  
 de los senderos por que anda el Infante?  
 ¿Tú no sabías que mi oro le sirve  
 para campar por el mundo en orgías?  
 ¡Ah! yo conozco en Valencia, de noche,  
 las calles frías y el aire que silba;  
 yo sé el olor de los sitios de vicio,  
 y como un perro la presa buscarlos.  
 Yo sé, en el vago silencio nocturno,  
 qué ruido tienen los besos vendidos.  
 Yo sé una puerta con unas rendijas  
 que la luz filtran afuera, á lo obscuro,  
 en listas rojas, como hilos de sangre.  
 Yo me he pegado á la puerta una noche  
 (mi corazón golpeaba en las tablas),  
 y he visto el antro y los vasos caídos  
 y aquellos ojos en caras judías,  
 y las ajorcas en brazos y piernas  
 ¡y aquel montón de los cuerpos unidos!

DOÑA SOL

Con angustia, viendo á su hermana descompuesta.

¡Hermana!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apto. 1005 MONTERREY, MEXICO

DOÑA ELVIRA

¡Sí! yo le he visto al Infante,  
cuando era menos que un hombre, le he visto.

DOÑA SOL

¡Hermana, pasan los malos recuerdos!

DOÑA ELVIRA

De aquella noche lo guardo sangriento.  
aquí, en el pecho, mis uñas clavadas.

DOÑA SOL

Ya vendrá tiempo que cambie el Infante:  
él volverá, compungido, á tus brazos.

DOÑA ELVIRA

Ya ha vuelto: ciego, pegando en las puertas,  
ebrio, cayendo vestido á mi lado,  
aquel abrazo que nadie quería,  
el beso aquel rechazado en el antro  
lo han recibido mis labios... ¡oh, rabia!  
¡y aun se resienten de la quemadura!

DOÑA SOL

Tú eres, hermana, valiente de alma,  
tu voluntad vale más que una espada;

si tú lo quieres, ¿qué pueden los otros?  
¡Tú lo tendrás el amor del Infante!

DOÑA ELVIRA

¡Nunca! ¡Le odio! ¡Oh! ¿Qué hacía mi padre  
cuando á esta cruz mis dos manos ataba?  
¡Pobre Infantica que aun tienes el alma  
en una triste esperanza metida!  
Yo sólo espero mi día supremo,  
yo sólo espero mi noche de luto.  
Cuando, rendido del último beso,  
vuelva el Infante á la casa, temblando,  
el cuello flaco, los ojos salidos,  
hundido el pecho del peso asqueroso  
de la lascivia, que lo ha devorado;  
cuando no pueda moverse de casa,  
yo he de llevarle con mi oro mujeres,  
yo escogeré las de labios más rojos,  
yo escogeré las de trenzas más negras.

DOÑA SOL

Con horror.

¡Hermana!

DOÑA ELVIRA

¡A turbas, á turbas mujeres,  
ronda de hienas para el que agoniza!  
El moverá los dos labios exangües  
como el enfermo en la sed de las fiebres;  
yo añadiré á aquel tormento el insulto:



yo llamaré con los brazos abiertos  
al siervo, al gafo, al judío, al leproso...  
yo haré que todos infamen mi cuerpo,  
y él lo verá moribundo y las uñas,  
como yo un día, hará entrar en su carne.

DOÑA SOL

¡Horror!

DOÑA ELVIRA

No, hermana. ¡Venganza, venganza!

DOÑA SOL

¡Y yo que sólo pensaba en mis penas!

DOÑA ELVIRA

¡Pobre paloma, si sufres las mías!

DOÑA SOL

¡Ay, para mí, que no tengo tus bríos,  
carga pequeña me dobla la espalda!  
...Me amortajaron, cuando me vistieron  
brial de seda para el casamiento...

DOÑA ELVIRA

¡Raza maldita, infantazgos de muerte,  
los de Carrión nos han sido funestos!

DOÑA SOL

Y ahora... perdidas por estos senderos ..

DOÑA ELVIRA

¡Solas... con ellos... y oscuro el camino,  
me hierven dentro ideas de sangre!

DOÑA SOL

¡Oh, no!... mi hermana, mi madre, mi casa,  
tú no harás nada que pueda perderte;  
tú te estarás, quietada, á mi vera;  
yo con mis manos te aprieto las tuyas  
y la cabeza pondré en tu regazo...  
Si tú me dejas, me muero de miedo  
en esta noche, por estas honduras...  
Tú estarás siempre dispuesta á valerme  
y me pondrás en los ojos tus manos,  
porque no vea las cosas horribles,  
tú, que has tenido valor de mirarlas...

DOÑA ELVIRA

Acariciándola.

¡Pobre cordera!

Doña Sol le echa los brazos al cuello y  
Doña Elvira concluye.

¡Sí; acógete y llora  
tú, que aun conservas frescura de lágrimas!

Entra un hombre en escena: es viejo y va vestido con un túnico de pastor raído y miserable. Una especie de capucha le cubre casi todo el rostro. Doña Elvira, con sobresalto, se vuelve á él, poniendo á su hermana tras ella en actitud de ampararla.

DOÑA ELVIRA

¿Quién llega?

VIEJO

Deteniéndose.

Un hombre: no, menos: un viejo.

DOÑA ELVIRA

Le hace señas que puede entrar.

¿Qué buscas?

VIEJO

Veros marchar y marcharme.

Fortalecido con la acogida de Doña Elvira se acerca á ella y le besa la orla del manto, diciendo:

Primero sea el besar vuestro manto.  
Segundo sea el decir vuestro nombre:  
¡que os guarde Dios, doña Sol, doña Elvira,  
las ricas hembras de nuestra Castilla;  
tú que en tí llevas su temple de acero,  
y tú en el pelo su rubio de trigo!

Tercero sea el traer os consejo:  
sierra con nieve da el agua más pura,  
cabeza blanca las buenas liciones.  
Hoy vuestro padre no os anda á la vera;  
da su tesoro á las fieras dañinas;  
¡lo da llorando, que el Rey lo ha mandado!  
¡Oh, vigilad, doña Sol, doña Elvira!  
Vuestros maridos son mozos y tardan.  
Les ví á los dos, despidiendo á su gente.  
Les ví á los dos, que rondaban hablando.  
Carrión se os lleva, ¡parece que os robel!  
Castilla os sigue anhelante y os guarda.  
En un rincón del tendal, escondido,  
al otro lado del lienzo, en el bosque,  
dejad al viejo que pase esta noche,  
¡dejad que ampare á sus hembras Castilla.

DOÑA ELVIRA

Campana rota, no da buen sonido;  
lengua de viejo los años la truncan;  
tu buen deseo disculpa tu falta;  
sigue tu senda; nos dejas seguras:  
rica hembra moza su padre la ampara,  
¡mujer casada la guarda el marido!

VIEJO

¡Los de Carrión no han nacido en Castilla!  
Ellos tal vez defenderos querrían,  
y en lo mejor, les faltaran las fuerzas.

DOÑA ELVIRA

¿Por qué hablas mal de Carrión y sus dueños,  
cuando escuchándote están las Infantas?

VIEJO

¡El Cid un día temblar les ha visto!

DOÑA ELVIRA

¡Aunque ellos tiemblen!... Prosigue tu senda:  
dí á los que teman, que estamos seguras:  
¡sangre del Cid ella misma se guarda!

VIEJO

Contra esto solo no tengo respuesta.  
Yo acataré lo que manden tus labios,  
prosigo andando; mi senda va lejos.

Avanza unos pasos en dirección á la  
puerta, luego retrocede, y sacándose un al-  
bogue de entre los pliegues de su capa de  
paster, dice:

Dejo en el hueco de un tronco este albogue:  
en estas cañas, doradas del tiempo,  
sus labios pone el pastor de Castilla  
y al son agudo el rebaño se acopla,  
y el montón cercan los canes bravíos...  
En un peligro recuerda este albogue:  
¡Castilla al son de estas cañas se acopla!

Otro paso para acercarse más á las dos  
Infantas. La voz del viejo se hace lacri-  
mosa.

¡Que os guarde Dios, doña Sol, doña Elvira!  
Así digáis, recordando mañana  
mis inquietudes, «malicias de viejo».  
¡Que un sol mejor cada día os despierte!  
¡cosechad goces, como yo tristezas!  
Cuanto quería decir os he dicho.  
¡Lo último sea besar vuestra mano!

Quando las dos Infantas le ofrecen la  
mano, el viejo se abalanza á besarla con  
transporte; luego sale apresuradamente con  
empeño de ocultar sus lágrimas.

DOÑA SOL

¡Hermana!

DOÑA ELVIRA

¿Qué?

DOÑA SOL

¿No te sabe este beso  
al que nos dió nuestro padre en Cardaña  
el día aquel que salió desterrado,  
y él nos tenía cogidas, y todos,  
viendo que así nos besaba, lloraron?

DOÑA ELVIRA

Tal vez.